

## INTRODUCCIÓN

«Si he visto más lejos que otros hombres es porque me he aupado a hombros de gigantes», escribió Newton. La expresión ha hecho fortuna, con razón, y se la pueden apropiarse, no sólo los científicos, sino cualquier persona que sea consciente de la solidaridad que es constitutiva a la existencia humana. Todos, en realidad, caminamos a hombros de gigantes. Y al reconocerlo, expresamos, a la vez, nuestra grandeza y nuestra limitación. Al estar en los hombros de un gigante, nosotros mismos somos grandes, con la grandeza –y aun mayor– de quien nos soporta y nos lleva, y de esa manera podemos ver más lejos. Pero también reconocemos nuestra limitación que quedaría especialmente patente si nuestro caminar fuera sólo nuestro, y no tuviera más alcance que el de nuestros cortos pasos. En la base del vivir, de ser persona y de actuar en este mundo se halla una esencial relación del yo con los demás: se existe y se vive formando necesariamente parte de un «nosotros». Esta idea, familiar a la filosofía idealista, no es exclusiva de ella. Mucho antes había escrito Pascal: «toda la sucesión de los hombres en el transcurso de tantos siglos debe ser considerada como un mismo hombre que subsiste siempre y que aprende incesantemente...»<sup>1</sup>.

La tradición es precisamente la forma como el «nosotros» mantiene viva su conciencia y su identidad. La tradición se refiere al pasado, necesita el recuerdo, custodia lo recibido en el sujeto colectivo que se extiende en el tiempo. Pero la tradición no es solamente forma de la vida y del conocimiento que debe mantener un vínculo con lo recibido. No. La tradición es también realidad y contenido

1. B. PASCAL, *Prefacio sobre el tratado del vacío*, en *Obras completas*, tr. y notas de Carlos R. Dampierre, Madrid 1981.

atesorados en el vivir de la comunidad, patrimonio entregado que gozan de una autoridad determinada por su permanencia y validez a través del tiempo. La tradición nos dice quiénes somos y nos permite situarnos en el tiempo y en el mundo.

En tiempos pasados no han faltado quienes prácticamente han hipostasiado la tradición hasta verla definitivamente (!) encarnada en formas históricas o la han establecido como principio primero y condición de acceso a la verdad y al bien. Con ello, aún sin pretenderlo, han secuestrado las posibilidades de la libertad y establecido un corte en la corriente del vivir social que no puede conducir más que al vaciamiento progresivo de la historia. Esta postura era reactiva ante otra que planteaba la libertad desde bases meramente individuales, como una libertad que apunta solamente al futuro, sin raíces ni hipotecas del pasado. Frente al tradicionalismo, de nuevo surge una reacción en la misma línea de una libertad liberada del tiempo, sin más condicionamientos que los de la propia subjetividad. A ese proceso de tensión entre tradición y libertad se han unido otros que hundeen sus raíces en la Ilustración, como el de la progresiva subjetivización de la verdad hasta llegar a desaparecer; o la búsqueda del cambio (social, político, económico, cultural) a partir de un corte radical con lo anterior, así como la aspiración a un futuro definido solamente por la novedad y el progreso.

Tradicionalismo y progresismo hacen saltar por los aires la unidad del tiempo. Para unos, en lo pasado está todo; para los otros es solamente el futuro lo que hay que procurar. Unos y otros reducen la realidad a un plano solamente —el del pasado o el del futuro— lo cual da lugar a una simplificación y empobrecimiento de la densidad del mundo y de lo humano. La consecuencia de ese empobrecimiento es la derivación de la relación pasado-futuro, o tradición-progreso al terreno de una lucha de palabras cargadas de connotaciones ajenas a la realidad, pero muy eficaces de cara a la confrontación de las personas en diversos campos. «Tradicional», «progresista» se han convertido en armas arrojadas que no tratan de explicar la realidad, sino de afirmarse uno a sí mismo o de anular al adversario. Como consecuencia, en toda investigación sobre problemas humanos es preciso purificar las categorías y buscar un cierto «aislamiento» que defienda del efecto turbador de palabras convertidas en armas al servicio del poder, sea el que sea.

Aún así, la tradición sigue afectada de una cierta sospecha. Con el desarrollo económico de occidente, se ha dado una cierta rehabilitación del término aunque solamente para designar «productos» de diverso orden a los que la etiqueta «tradicional» les da una cierta

plusvalía de cara al interés de clientes o consumidores. Pero el sentido fuerte de tradicional, que designa la autoridad constante de lo recibido en una cultura o sociedad, sigue siendo objeto de crítica, y en muchos casos de demolición.

La crítica moderna a la tradición como opuesta a la razón ha sido en parte superada por la hermenéutica, en el campo filosófico, y por el conocimiento de las fuentes en el de la teología. La tradición ha recuperado, en el primer caso, su función antropológica y social: se es alguien por estar formando parte de una tradición y de una cultura. La tradición aparece como elemento de primer orden de cara a la identidad personal y social. Además, el reconocimiento de la función cognoscitiva del lenguaje ha contribuido a subrayar –aparte de otros aspectos más discutibles como la sustitución que algunos hacen del conocimiento por el lenguaje– el valor de todo lo que recibimos del pasado.

La tradición en teología cuenta con el sentido antropológico-social pero tiene su propia problemática. Estaba, por un lado, la Tradición que desde el principio aparece como predicación, kerigma, y contenido de lo recibido por los Apóstoles de Jesús, y transmitido a la Iglesia. Muy pronto emerge la relación de esta tradición con los Escritos canónicos. En adelante será una relación que siempre se debe abordar, la que existe entre Escritura y Tradición. Pero ha sido sobre todo a partir del s. XVIII y de modo particular en el XX, cuando ha habido acceso a los testimonios –«tesoros» se les llamaba algunas veces– de la tradición. El conocimiento de los Padres de la Iglesia, de los teólogos, de la historia de los dogmas, de las fuentes litúrgicas, etc., han permitido a la teología nutrirse de la riqueza acumulada en la comprensión eclesial de la fe, y han hecho posible la revitalización de la inteligencia eclesial del misterio de Cristo y su relación con el mundo. En este sentido, se puede afirmar que la teología que ha precedido inmediatamente al concilio Vaticano II ha sido un ejemplo de renovación precisamente por haber conectado de forma más intensa con los «gigantes» de la tradición de la Iglesia.

El inmediato postconcilio supuso una cierta ruptura con el espíritu que animó a la teología anterior. A este respecto, ha habido –y de nuevo renace en nuestros días– una distinción que hizo fortuna, pero que turbó el proceso iniciado por el concilio. Esta distinción era la de la «letra» y el «espíritu» del Vaticano II. Muy pronto letra y espíritu fueron sustituidos por tradición y progreso, respectivamente.

El «espíritu del concilio» o «espíritu conciliar» era la instancia de apelación de todos los que consideraban que la «letra» del Vaticano II

debía ser interpretada más como punto de partida que como punto de llegada. En efecto, los documentos del concilio eran como una puerta que, hacia fuera, daba acceso a una nueva relación con el mundo, y hacia dentro a una nueva comprensión de la Iglesia y a una resituación de los ministerios, carismas y servicios. El término que aparece una y otra vez en este contexto es «nuevo». La pura novedad era identificada en muchos casos, sin más, con la renovación, lo cual conducía a un planteamiento «progresista» en el sentido de estar permanentemente remitidos al futuro entendido en muchos casos de forma utópica o escatológico-histórica. Premisa y consecuencia de esta visión de las cosas era que nada podía considerarse como adquirido o permanente. La experimentación a todos los niveles —especialmente a nivel litúrgico y en la formación de la juventud, de los candidatos al sacerdocio y de los religiosos— era el nuevo paradigma de la acción en la Iglesia.

Los modos de reaccionar ante la nueva situación fueron muy variados. Uno de ellos fue el movimiento —más fácil de identificar como fenómeno— tradicionalista de Mons. Lefebvre y otros, que, sin saberlo, compartían de hecho con los anteriores la contraposición entre lo tradicional o recibido y lo nuevo. Frente a quienes planteaban una continua superación de lo válido hasta entonces, los tradicionalistas se aferraban a lo «tradicional» que acabó siendo erigido en criterio último de verdad de fe. Más aún, ante la interpretación que algunos hacían de los textos del concilio según el «espíritu», es decir, rompiendo de hecho con la enseñanza del concilio, su reacción fue hacer llegar lo tradicional hasta el momento anterior al concilio. A partir de entonces, la enseñanza del Vaticano II fue considerada por ellos como una novedad que rompía con la Tradición. Inevitablemente, el sentido de tradición que manejaban y que pretendían que fuera el único auténtico, distorsionaba la genuina tradición de la Iglesia y se volvía destructora de la misma Iglesia.

Se hace necesario volver a tratar la cuestión de la tradición en la Iglesia con el deseo de superar planteamientos dialécticos inoportunos y maniqueos, como los que han conocido recientemente una nueva expresión histórica a propósito de la rica personalidad de Juan Pablo II. El cliché repetido una y otra vez repartía al Papa Wojtyła y su magisterio en dos campos opuestos: tradicional en la doctrina y en la moral, y progresista en lo social. Esa presentación, que ha calado en tantas personas sometidas a una fuerte presión mediática, es heredera de rancios postulados ilustrados y aplica términos de delicada comprensión a afirmaciones generales; es como si se usara el pincel de un gran pintor para blanquear la pared.

La tradición no es en la Iglesia un factor de clasificación entre fe tradicional y otra fe. La Iglesia de Cristo es necesariamente tradicional, simplemente porque es ella misma. Si no fuera tradicional, sería otra cosa, pero no la Iglesia de Cristo. Pero la tradición de la Iglesia sólo existe en cuanto ésta vive, es decir, en cuanto pasado, presente y futuro se dan en ella como una unidad que resulta ser condición misma de su vivir. La Iglesia no es conservacionista, ni defiende ningún tipo de especie espiritual protegida, sino que es la presencia viva de Cristo que, por medio de su Espíritu, otorga a la Iglesia un continuo «hoy», una actualidad abierta que es posible por la identidad y fidelidad de la Iglesia a Cristo. Tradición y progreso no se oponen en la Iglesia, sino que son dos aspectos de una misma realidad. El Vaticano II lo ha afirmado con expresión sintética: «*Traditio in Ecclesia proficit*»: la tradición progresa en la Iglesia. La tradición no puede hipotecar a la Iglesia, ni el progreso alienarla.

En las páginas que siguen se ofrecen algunas reflexiones sobre la tradición. Muchas de ellas han conocido una versión parcial en escritos anteriores<sup>2</sup>. Aquí se recogen después de haber experimentado una revisión más o menos profunda para formar una cierta unidad. En todo caso, estos estudios sobre la tradición no pretenden ofrecer una visión completa ni sistemática de la cuestión teológica que es la tradición.

En los cuatro primeros capítulos aparece fuertemente el estudio histórico de autores y temáticas relacionadas con la Tradición, hasta llegar a las páginas dedicadas a la tradición como argumento, es decir al caso Lefevre. Los cuatro capítulos siguientes son de naturaleza más reflexiva, y estudian cuestiones centrales en torno a la tradición de la Iglesia: la relación entre fe, razón y tradición; la dimensión trinitaria de la Tradición en la Iglesia; y finalmente, un elemento clave de la tradición como son las fórmulas dogmáticas.

\* \* \*

El libro está dedicado a mis hermanos José Luis y su esposa Anabel, con quienes hemos sentido más el «nosotros» del afecto, de la prueba y de la alegría. También está dedicado a la pequeña Carla, que a sus poco más de dos años absorbe del modo más intenso y simpático la *tradición* que la arropa.

2. Ver al final del volumen las «Publicaciones del autor sobre la Tradición».